

2. Literaturas latinoamericanas: historia y crítica

Beatriz Colombi: *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915)*. Rosario: Beatriz Viterbo (Ensayos críticos) 2004. 270 páginas.

La literatura de viajes —género de larga tradición— ha ido adquiriendo distintos sentidos al ritmo de exilios, migraciones y diásporas. El escritor viajero es, cada vez más, un sujeto atravesado por contradicciones, un ser desplazado, “fuera de lugar” o “extraterritorial”, para decirlo en términos de George Steiner. El sintagma “*viaje intelectual*” que da título al libro de Beatriz Colombi, estructura la selección de un corpus establecido entre 1880 y 1915 y define “al escritor que se autorrepresenta como agente de una cultura e interviene como tal en una escena pública exterior” (p. 16). Los fundamentos de este recorte radican en la certeza de que, en el contexto finisecular, el viaje alcanza su clímax y prefigura su fin, en consonancia con una época definida por sus contradicciones. Así, cada capítulo da cuenta de la compleja conexión que une al desplazamiento con la configuración de un “imaginario moderno en el fin de siglo hispanoamericano” (p. 17), en la certeza de que el viaje implica la pregunta por una identidad peculiar, conformada en la conciencia de la periferia pero también en el relato de la descolonización cultural. Lo que se presenta como preocupación y guía, más allá de cuestiones genéricas, es la “cultura del viaje”. Por tanto, el libro se delinea a partir de las representaciones del escritor desprendido de su medio y alude tanto a José Martí como a Alfonso Reyes, pasando por Rubén Darío, Paul Groussac, Manuel Ugarte, Enrique Gómez Carrillo, Fray Servando Teresa de Mier y Horacio Quiroga.

En el juego de metáforas que el género posibilita se destaca la escritura como viaje, deslizamiento que también involucra la traslación y la traducción, definidas por saberes heterogéneos, experiencias propias y ajenas, impresiones que van trazando profusas redes de diálogo, polémica y comunicación. Esto se analiza con brillante lucidez en el caso de Martí y sus traducciones de Moore y Emerson donde, a partir de borradores y epístolas, la relación entre lenguas es leída como problemático movimiento que agudiza las contradicciones martianas. Traducir es también traicionar, violentar o “transpensar”, tarea que entrena la exasperada conciencia de la distancia ineludible que persiste en toda apropiación de un universo *otro*.

Distintas cartografías urbanas configuran el mapa de la reflexión y la polémica. Así, la gira norteamericana de Paul Groussac —en la que revalida la “civilización latina” al tiempo que realiza un “ensayo sociológico”—, se contrapone a las apreciaciones de Sarmiento y Martí, cuyos escritos la autora pone a dialogar a partir de la valoración de los cambios que la modernidad implica. En segundo término, las retóricas del viaje por España, espacio conflictivo en el que se lee desde la furibunda invectiva hiperbólica de Fray Servando Teresa de Mier hasta el “diagnóstico cultural” de Rubén Darío. Fiel a su *poética*, Darío revisa tradiciones, reconcilia sin ocultar, articula retóricas y estéticas heredadas en un imaginario nuevo. Por eso el escritor viajero es percibido también como “organizador”, de contradictoria relación con la modernidad. En este marco, la “cultura del viaje” tiene su mayor representante en Alfonso Reyes, quien “construye un archivo cultural a partir del reencuentro con el legado hispá-

nico” (p. 143). Nuevamente España, pero ahora como espacio de calidez y aprendizaje, abierto a un trabajo intelectual que tiene como premisa incorporar antes que expulsar.

Otras cartografías fundamentales: París y Venecia, leídas a partir de las impresiones de modernistas o decadentes, de un inigualable Darío, o de críticos posteriores como Benjamin y Barthes. París convoca fantasías de éxito y reconocimiento pero deja huérfanos a los escritores hispanoamericanos y, en el extremo, favorece una retórica del viaje-fracaso: Horacio Quiroga. Venecia, por su parte, representa como ninguna otra la saturación que lleva al *fin* del viaje y de sus relatos; por eso requiere del viajero como reordenador de signos, sujeto capaz de sobrellevar la *angustia de las influencias* configurada por incontables narraciones previas.

Cierra el libro Enrique Gómez Carrillo, en quien la autora lee el pasaje (y también la parodia) de los discursos eurocéntricos, en especial el *voyage en Orient* y su constitutiva relación con los espacios periféricos. Con mirada distante y apolítica, Gómez Carrillo exaspera sus modelos (Loti, Segalen) y extrema lo exótico, entre la asimilación de la diversidad y la marca de la subordinada diferencia. Público, éxito, consumo literario signan la suerte de un escritor *epigonal* que constituye su prosa en la *vulgarización* del repertorio moderno.

Así, y a pesar de que la literatura de viajes es un campo colmado de metáforas, Colombi no se pierde en ellas sino que las convoca y desglosa, especialmente atenta a los cambios de sentido, las modulaciones de la lengua, las estrategias formales y retóricas que hacen de cada texto una pieza única –tal como se aprecia en el novedoso acercamiento a *Visión de Anáhuac*, de Alfonso Reyes. Si bien la autora tiene

en cuenta las particularidades de la escritura del yo, toma la destacable decisión de enfatizar el entramado de un campo cultural atravesado por migraciones y desplazamientos e integrado por textos que, sin excluir la controversia, contribuyen a una religación hispanoamericana. Otro mérito no menor reside en la estudiada libertad reflexiva con que la autora acude a categorías y teorías sobre el género desde una perspectiva que privilegia su funcionalidad para el análisis, más allá de empobrecedoras modas académicas.

Si es cierto que *Viaje intelectual* surge como producto de una dolorosa experiencia de exilio que ha signado a varias generaciones, también lo es que, en el origen, ha sido convocado por el deseo y del placer de la lectura. Mucho de este goce del investigador frente al texto permea y embellece sus páginas, enriquecidas por una inteligente indagación textual y un brillante trabajo con la propia escritura, en la tradición de la mejor crítica literaria latinoamericana.

Valeria Añón

Irene Maria F. Blayer/Mark Cronlund Anderson (eds.): *Latin American Narratives and Cultural Identity. Selected Readings*. New York, etc.: Lang (Latin America: Interdisciplinary Studies, 7) 2004. X, 258 páginas.

¿Significa el fin de la historia proclamada por Fukuyama el fin de las historias contadas en América Latina? Según Mario J. Valdés, “the paradoxical globalization [...] does not reduce cultural expression to a common denominator but rather accelerates regional contrasts” (p. 19), mientras que Stephen Heninghan ve el peligro del aniquilamiento de cada diferencia cultural. Otros opinan que la homogeneización

globalizadora erosiona la identidad en sus fundamentos, las narraciones autóctonas, porque todos parten de tres presupuestos: la supervivencia del comunitarismo en América Latina, la vinculación entre comunidad y narración, y la narración como máxima expresión de la identidad: “shared identity, regional or national, is based on the stories that are common to members of the community” (p. 62).

La tendencia excluyente del otro, inherente a cualquier identificación, la ve Valdés en el discurso hegemónico y autoritario criollo del poder, que marginaliza la narrativa no-criolla, vaciando el pasado de toda otredad racial, étnica, sexual, social y lingüística. Por consiguiente, algunas contribuciones del volumen tratan de narraciones indígenas en un contexto dominado por la criollidad. Elizabeth Monasterios rechaza las teorías metropolitanas de mestizaje, transculturación e hibridación, y radicalizando el concepto de heterogeneidad conflictiva de Cornejo Polar, recorre a la filosofía indígena para construir una teoría latinoamericana poscolonial (¿resurrección de la “teoría de la literatura latinoamericana” de Fernández Retamar?) basada en “Andean epistemologies” (p. 94), cuya aplicación ve en la novela de Blanca Wiethüchter, *El jardín de Nora* (1998), donde la hibridación —un jardín vienés, la educación bilingüe de niños austriacos en La Paz— fracasa y termina en el *awqa*, categoría aymara designando incompatibilidad no amistosa pero pacífica.

Daniel F. Chamberlain muestra que el corrido mexicano sobrevive incólume porque configura la identidad comunitaria. Según Marta J. Nandorf, Galeano y el subcomandante Marcos recogen narraciones orales con toda su sabiduría indígena para escribir una contraliteratura infantil frente a los cuentos edificantes de misioneros y las banales obras televisivas para niños.

En el *Libro de los abrazos*, el narrador uruguayo emplea personajes del *Popol Vuh* para contradecir la dualidad maniquea de bien y mal del Génesis judeocristiano, estando ausente “the very concept of enemy” (p. 50). Y Marcos, al transmitir los valores indígenas de “collective work, democratic thought, and majority rule” (p. 54), recuenta el mito fundacional de Chiapas, *La historia de los colores*, sobre la transformación del primitivo mundo blanco y negro en uno multicolor con gran diversidad de seres humanos. Vanderci Andrade Aguilera, por su parte, comprueba que la leyenda de los indios tupis de una *cobra do fogo* fue transformada por gauchos supersticiosos en espíritu protector contra incendios y cristianizado por los jesuitas para fines moralizantes contra el vicio del incesto, convirtiéndose un mito con residuos “de lendas feiticistas, zoomórficas e antropomórficas do índio” (p. 210) en poética tradición brasileña. Según María Figueredo, *La Llorona*, leyendaria madre que ha perdido sus hijos y es abandonada por el padre de éstos, se cruza con Cihuacoatl, diosa azteca de la tierra, y la Malinche, madre simbólica de México. Las muchas variantes modernas en México y Guatemala atestiguan la vitalidad de la imagen de la madre latinoamericana e indígena. Finalmente, Elena De Costa reencuentra el lenguaje altamente metafórico de textos mesoamericanos antiguos en Rigoberta Menchú, para cuya unión de oralidad, comunidad y teología de la liberación actualiza los obsoletos términos herderianos *Volksggeist* y *Gemeinschaft*.

Dos trabajos están dedicados a la épica y cuentística antillana: Al comparar la “Elegía a Jesús Menéndez” de Guillén y el “Poem for Walter Rodney”, de Braithwaite, Jerome Branche trata menos de las consabidas características poéticas y políticas, sino que hace hincapié en las personalidades de Menéndez y Rodney, en su

identidad caribeña respecto de “the neocolonial and postcolonial condition of the Caribbean” (p. 125) y su identidad afroantillana, cuyos precursores no sólo son combatientes comunistas y sindicalistas, sino también Toussaint Louverture y Maceo. Según Diana Ramassamy, el *créole* es capaz de transmitir el patrimonio cultural. El cuentero, sucesor del *griot*, es sabio guardián profesional del imaginario colectivo afroantillano y modelo de escritores modernos (Glissant, Schwarz-Bart). Conclusión: “Le peuple créole a su créer sa propre identité à travers l’utilisation du conte” (p. 159).

La reconstrucción de la historia de las dictaduras traumatizantes de América Latina incumbe a una narrativa que es memoria colectiva y personal. Galeano denuncia en *La piedra arde* la amnesia respectiva: Carasucia, protagonista feo, renuncia a transformarse en hermoso joven con *oufit* moderno, por constituir su fealdad, resultado de las torturas infligidas por esbirros de la dictadura, sus señas de identidad. Según Yvonne S. Unnold, *Tejas verdes*, de Hernán Valdés, e *Isla 10*, de Sergio Bitar, narraciones autobiográficas de “supervivientes” de los campos de concentración chilenos, vocalizan el silencio del discurso oficial y denuncian la destrucción de la identidad personal por el sistema carcelario. Para Stephen Henninghan, en *Margarita, está linda la mar* Sergio Ramírez mitologiza a través de personajes emblemáticos –Darío, Sandino, Rigoberto López, Somoza– la historia de Nicaragua como respuesta a la globalización y a la tesis del fin de la historia.

Trabajos no pertenecientes *sensu stricto* a la temática central: Laura Llull investiga en “El mito de la conspiración en el imaginario político de los periódicos de Bahía Blanca (Provincia de Buenos Aires) durante el primer gobierno radical (1916-

1922)” el papel mitizante de la prensa local precursora de los *mass-media* modernos. Cristina Santos analiza en la novela *Hora da Estrela*, de Clarice Lispector, y su adaptación cinematográfica por Amaral, la problematización de la identidad sexual, lingüística y social de la protagonista *nordestina* en el ambiente urbano. Chompré Sautron describe el mito del guerrero transformado en mariposa que mantenía la identidad comunitaria azteca anterior a la Conquista.

Hans-Otto Dill

Sarah de Mojica: *Constelaciones y redes. Literatura y crítica cultural en tiempos de turbulencias*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana/Centro Editorial Javeriano 2002. VII + 258 páginas.

Constelaciones y redes es una serie de ensayos de Sarah de Mojica que puede ser leída como continuación de la compilación de artículos de varios autores (García Canclini, Carlos Rincón, Beatriz Sarlo, entre otros) que la autora publicó en 2000 con el título *Culturas híbridas – no simultaneidad – modernidad periférica. Mapas culturales para la América Latina*. De hecho, el primero de la casi veintena de textos cortos que integran el volumen (“Cartografías culturales en debate”, pp. 8-23) corresponde al que publicó como introducción en el volumen anterior, dedicado a buscar “un debate sobre los discursos teórico-culturales [...] en América Latina, a fines del milenio, para generar un cambio de paradigmas, que posibiliten la apropiación de una operación racional ‘transversal’ en un diálogo paritario con la academia internacional” (p. 19). América Latina, paradigmas, diálogo, academia..., todos estos puntos programáticos vuelven

a ser los ejes en torno a los que gira esta segunda “serie de ensayos [...] que responden a un diálogo vivo con la literatura y con los estudios culturales” (p. 3).

Tras esta introducción por partida doble, el volumen abre con un minucioso mapeo de “los estudios literarios y las disciplinas sociales” (p. 24) en la academia colombiana durante la segunda mitad del siglo pasado, que va desde las reformas estructurales de fines de los años sesenta hasta las “nuevas cartografías” propuestas por Román de la Campa, pasando por la “subdisciplina *sui generis*: la ‘violentología’” (p. 29). También dentro del primer apartado de su libro (“Mapas”, pp. 8-73), Mojica esboza un plano general de la novela urbana en Latinoamérica, desde Alejo Carpentier y Carlos Fuentes hasta los aportes más recientes de Beatriz Sarlo y Carlos Rincón. Aunque establece que “el ciclo de los estudios culturales sobre los imaginarios urbanos parece haber llegado a su fin”, Mojica confía en que “los narradores y los poetas [...] como ‘detectives salvajes’ (Bolaño) nos empujan a imaginar futuros para la ciudad” (p. 52).

Como más adelante con Carlos Rincón (p. 104) y Walter Mignolo (p. 122), Mojica inserta a continuación una conversación con Hans Ulrich Gumbrecht y Arcadio Díaz Quiñones, realizada en 1997. Por la calidad de sus entrevistados, pero sobre todo porque la entrevistadora no es una periodista sino ella misma una académica, las charlas constituyen un acercamiento particularmente enriquecedor a la vida y obra de estas eminencias académicas. Mojica, que interpreta su propia recopilación de ensayos como evidencia de un “camino crítico” (p. 4), indaga la carrera intelectual de sus entrevistados en la convicción que estas historias personales responden a movimientos más amplios y abarcadores. Ve en la “plural academia” una suerte de vuelta “al tiempo de los

wandering scholars, de un saber que se desplaza, se transforma, se contamina y se disemina” (p. 57 s.). Es así que Gumbrecht y Díaz Quiñones en este primer reportaje, lo mismo que Rincón y Mignolo en los apartados correspondientes, se ven en el desafío de ubicar su devenir académico dentro del devenir de la academia en general. “La metáfora de la constelación, de acuerdo con Walter Benjamin —escribe Mojica refiriéndose al título de su libro—, apunta a la construcción, basada en la observación paciente y juiciosa, de figuras de estrellas que a simple vista parecen puntos aislados” (p. 3). Como en el mapeo de la academia colombiana, estos diálogos pacientes y juiciosos con “estrellas” del mundo académico buscan trazar una cartografía que dé cuenta de las constelaciones de esa institución en un mundo globalizado de *wandering scholars*.

Dentro de la línea de análisis “clásico” propuesto por el estudio de la literatura urbana se encuentran también los ensayos dedicados a García Márquez y a Marvel Moreno. Del primero se ocupa Mojica en tres instancias, primero con una sugerente “comparación en contrapunto” (p. 76) entre *El amor y otros demonios* de García Márquez y *El último suspiro del moro* de Salman Rushdie, donde se trata de “rastrear los escenarios de la memoria” en relación “con la historia colonial y la globalización actual” (p. 75), y luego con una lectura desde (y hacia) el Simón Bolívar de *El general en su laberinto*. En dos ensayos sucesivos (que tal vez hubiera sido preferible unificar), la autora aborda distintas facetas de la escritora Marvel Moreno, primero partiendo de Homi Bhabha y luego desde un enfoque psicoanalítico. Pese al biografismo que empaña la primera lectura, y a las referencias de la segunda a Freud y a conceptos freudianos algo anacrónicos como “castración” (p. 221) o “catarsis” (p. 223), el conjunto pro-

pone un acercamiento interesante a las “fronteras narrativas” (p. 202) de esta “escritura feminista” (p. 216).

Desde un enfoque más actual, Mojica se ocupa del “asunto problemático de los sujetos híbridos y de una escritura radicalmente heterogénea, que fragmenta y vuelve poroso el discurso de la modernidad y el neocolonialismo” (p. 147) en la obra de Luis Rafael Sánchez y Gianni Braschi. En *La importancia de llamarse Daniel Santos* (1989) de Luis Rafael Sánchez, Mojica descubre “un doble ajuste desde dentro y hacia afuera de los márgenes del discurso en el que la enunciación desde múltiples lugares poéticos y corporales interviene para perturbar la relación centro-periferia por medio de la exhibición ostentosa y gozosa del nombre propio que viola la diferencia colonial” (p. 155). En Braschi, por su lado, observa “que tanto la errancia de la escritura como la circulación simbólica llevan las huellas irreversibles de las diásporas contemporáneas” (p. 161). Pero en “la poesía de la diáspora” de ambos autores “el ‘subalterno’ desmiente su estado patológico y se afirma en su función de autor que celebra la palabra y las hablas mestizas” (p. 162).

Otros ensayos de la autora abordan “el espacio laberíntico” (p. 171) de la obra de Ramón Illán Bacca; la obra poética del premio Nobel de literatura Derek Walcott; el monumental compendio sobre “la generación posterior a *Cien años de soledad*” (p. 233) recientemente publicado por el crítico Teobaldo Noriega (*Novela colombiana contemporánea: incursiones en la posmodernidad*, 2001); el devenir “del bolero íntimo a la utopía de la nación” (p. 134) en la música caribeña y las posiciones de Edward Said, Homi Bhabha y Gayatri Chakravorty Spivak dentro de la crítica cultural actual. Cierra el volumen un estudio muy interesante sobre la revista *Mito*, que puede leerse como un comple-

mento al mapeo de la academia colombiana planteado al principio. De esta manera, Mojica conecta las puntas de esta “red” de textos sobre “literatura y crítica cultural” que despliegan con claridad toda una “constelación” de problemas actuales, en una cartografía que sin descuidar el caso específico de Colombia se extiende a todo el acontecer global. En “tiempos de turbulencias”, como los describe Mojica en el subtítulo de su libro, se extraña sin embargo una actitud teórica menos mansa de su parte, “algo de riesgo —como pide Hans Ulrich Gumbrecht en su conversación con la autora—, si quieres *riskful thinking*, algo de locura, algo puramente provocador” (p. 65).

Ariel Magnus

Gustavo Sorá: Traducir el Brasil. Una antropología de la circulación internacional de ideas. Prólogo de Afrânio Garcia. Buenos Aires: Libros del Zorzal 2003. 253 páginas.

Vera Elisabeth Gerling: Lateinamerika: so fern und doch so nah? Übersetzungsanthologien und Kulturvermittlung. Tübingen: Narr (Transfer/Düsseldorfer Materialien zur Literaturübersetzung, 17) 2004. 241 páginas + 1 CD-Rom.

En los últimos años la traducción ha ido adquiriendo nueva visibilidad como objeto de estudio por parte de la crítica literaria y de la sociología de la cultura. Ya no está restringida al campo de la lingüística, y los estudiosos de la literatura y la cultura que hasta hace poco la ignoraban, cuando no la despreciaban, concibiéndola como una devaluación del original, indigna de ser tenida en cuenta en los estudios serios, han empezado a (re)descubrir la riqueza de

ese objeto aparentemente espurio que es la traducción literaria. Gustavo Sorá y Vera Gerling son dos de estos descubridores, a uno y otro lado del océano.

A partir de la revisión crítica de un lugar común de la historia de la literatura y de las ideas, según el cual Argentina y Brasil son dos vecinos que se desconocen, Gustavo Sorá estudia en *Traducir el Brasil* los mecanismos que han regulado a lo largo del siglo xx la traducción y publicación en Argentina de obras brasileñas, desde el punto de vista de la antropología social, la sociología y la historia de la cultura y analiza los mecanismos vinculados con la institución literaria que determinaron a lo largo del siglo xx la selección de textos brasileños a traducir en Argentina.

El libro se inicia con una introducción (pp. 21-41) que gira en torno a la constatación del prologuista Afrânio Garcia acerca de que “no hay nada más internacional que la construcción de las culturas nacionales” (pp. 18 s.) y esboza un marco de lectura del fenómeno de la traducción “como fuerza constructora de una cultura nacional” (p. 39). El libro está dividido en dos partes bien diferentes entre sí, y sin embargo estrechamente relacionadas: la primera (pp. 43-187) revela la historia de la publicación de autores brasileños en la Argentina en el siglo xx; la segunda (pp. 189-215) analiza, con el ejemplo de la Feria del Libro de Frankfurt de 1997, “las posibilidades de expresión del Mercosur en el escenario editorial internacional” (p. 39) de los años noventa.

En la primera parte, Sorá elabora una serie cronológica (1900-1994) de más de quinientos títulos que abarcan no sólo libros de autores brasileños traducidos y publicados en Argentina, sino también libros sobre el Brasil escritos por argentinos, y distingue en ella diversas etapas. Entre 1900 y 1937 la traducción y publicación es canalizada casi exclusivamente a

través de la *Biblioteca* del diario *La Nación*, iniciada en 1901 y que hasta 1920 constituyó la “principal vía de edición de literatura universal y argentina” (p. 71). A mediados de los años treinta se observa un nuevo auge de la traducción y publicación de textos brasileños, que había decaído con el fin de la *Biblioteca La Nación*. En 1937, iniciando la segunda etapa nacionalista” (p. 66) que dura hasta 1945 aproximadamente, aparecen en Buenos Aires la “Biblioteca de Novelistas Brasileños” de Editorial Claridad y la “Biblioteca de autores brasileños traducidos al castellano”, publicada por el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública: un sistema comercial y un sistema oficial de divulgación de literatura brasileña en Argentina respectivamente (este auge tiene que ver, también, con la promoción de nuevos nombres como Jorge Amado, José Lins do Rego, Gilberto Freyre, Érico Veríssimo y Graciliano Ramos, que articularon la idea de una literatura genuinamente brasileña). Sorá estudia la gestión de Benjamín de Garay como traductor y director de la primera colección mencionada, su rol de mediador cultural y los criterios de selección de las novelas a traducir. La segunda colección publicó en traducción obras de pensamiento social brasileño que sin el apoyo oficial difícilmente habrían circulado en castellano. Paralelamente en Brasil salió la “Coleção Brasileira de Autores Argentinos” entre 1938 y 1951. Estas colecciones oficiales fueron emprendimientos exitosos estrechamente ligados a los avatares favorables de las relaciones políticas entre ambos países durante el período en cuestión (pp. 125 ss.). Esta etapa de la historia de la traducción entre Argentina y Brasil, entre 1937 y 1945, es para Sorá “un capítulo cultural del movimiento general de sustitución de importaciones, que también fue responsable por un aumento del mercado de traducciones como un todo. Si

en materia de bienes comerciales la balanza de cambios favorecía ampliamente a la Argentina, en materia cultural, la fuerza exportadora del Brasil o la capacidad de absorción argentina inclinaron la relación de modo inverso” (p. 139). Sin embargo, debido a las restricciones impuestas por el Estado Novo, que produjeron una dramática retracción del mercado, los libros provenientes de Argentina, donde la industria editorial experimentó hasta 1946 una evolución “meteórica” (p. 153), suplieron en la época en cuestión “un sector importante del consumo brasileño de libros europeos” (p. 155). Hacia el final de esa etapa, se intensifica la actividad no oficial de cruce cultural entre ambos países, sobre todo por el exilio al que el Estado Novo condujo a muchos escritores brasileños (Newton Freitas, Lidia Besouchet, José B. Monteiro Lobato, Jorge Amado) que encontraron en Argentina un terreno favorable para la actividad literaria y traductora. Si hasta entonces se habían traducido y publicado textos en prosa privilegiando la narrativa realista, en los años cincuenta empieza a editarse poesía brasileña en traducción y se observa también un desplazamiento desde la narrativa realista hacia la prosa experimental, en el marco de la “renovación de espacio editorial” argentino (p. 179). La traducción de obras brasileñas abarca ahora también, sobre todo en los años sesenta y comienzos de los setenta, el campo de las ciencias sociales y la política (Josué de Castro, Helio Jaguaribe, L. A. Costa Pinto etc.). Finalmente, Sorá remite a la labor traductora y la “perseverancia de intérpretes e ‘importadores’”, en esta etapa “mercantilista” (1945-1985), como Haydée Jofre Barroso, Bernardo Kordon o Santiago Kovadloff (p. 185). A pesar de la intensa actividad traductora y editorial analizada, Sorá constata la vigencia del lugar común de “los abismos inexplicables entre el Brasil y la Argentina” de los que

hablan Florencia Garramuño y Adriana Amante en el prólogo de su antología *Aburdo Brasil* (2000) –abismos que adquieren nuevos acentos en la era de la globalización que se inicia en los noventa–.

La segunda parte del libro, mucho más breve, se concentra justamente en esos años noventa, para los que Sorá constata una declinación de las “traducciones cruzadas”: “Desde los años noventa, si un autor argentino pasa a ser ‘bien’ editado en el Brasil, como Tomás Eloy Martínez (Companhia das Letras) o Federico Andahazy (Relume & Dumará), o un brasileño en la Argentina [como Paulo Coelho, A. P.], su elección se pauta, más allá de sus cualidades ‘literarias’, en Francfort, a través de la acción de especialistas en la mediación de intercambios internacionales” (pp. 191 s.). Las ferias, no sólo las de libros, observa Sorá, han sido siempre “eventos de competición simbólica sin igual”, y en tiempos de globalización “no hay tecnología que las sustituya” (p. 210). Por eso, el autor se propone analizar el lugar que ocupan Argentina y Brasil en la Feria de Francfort, para “visualizar la altura de las barreras aduaneras institucionalizadas por el mercado editorial y comprender algunos ribetes de su poder simbólico” (p. 193). El “estudio espacial de la feria de Francfort” (pp. 196 ss.) confirma que, “como precipitados de la caída del Muro” (p. 205), si “las editoriales alemanas ya sentaron bandera en el Este europeo, las españolas tomaron la delantera como *brokers* internacionales de los agentes latinoamericanos” (p. 207). Aquí Sorá presenta con estadísticas el “asalto montado en 1997 por las editoriales españolas al gigantesco mercado brasileño” (p. 208), y observa con gran lucidez que “la producción cultural en los Estados nacionales revela comportamientos altamente conservadores de los mercados culturales centrales y obsesión por perseguir la nove-

dad y pertenecer a la ecumene global en los dominados” (p. 212). Si a mediados del siglo xx se podía observar una relación directa entre productores culturales argentinos y brasileños, y “al menos en la Argentina, traducir el Brasil pareció ser un requisito para interpretar el propio lugar en el mundo” (p. 212), la internacionalización de los noventa remató el distanciamiento entre ambas culturas, “cuya vigencia editorial es regulada en aduanas muy lejanas” (p. 221). El estudio de Sorá se cierra con una reflexión crítica acerca de los usos posmodernos de la metáfora de la traducción, recordando la especificidad del objeto de estudio: la traducción como hecho social, cultural e histórico y como práctica intercultural de intercambio material y simbólico vinculada específicamente con la materialidad de los textos y de las particularidades del mundo del libro (pp. 222-234). Un anexo estadístico y una bibliografía cierran este volumen que constituye un aporte importante a los estudios de traducción desde una perspectiva sociocultural.

En la medida en que se ocupa de estrategias de canonización de literatura latinoamericana traducida en Alemania, el libro de Vera Gerling tiene algunos puntos de contacto con el de Gustavo Sorá, aunque la metodología y el tipo de texto producido son diferentes. Concentrándose en las antologías de cuento latinoamericano publicadas en Alemania (Federal y Democrática) entre 1945 y 2000, Gerling obtiene un corpus de 20 antologías. La autora se propone registrar los órdenes discursivos que subyacen a esas antologías, sobre todo a través de los procesos de selección de textos y de su traducción (p. 13), y esto lo realiza en tres etapas mediante un análisis cuantitativo, un análisis cualitativo y un análisis comparativo de traducciones.

El primer paso (pp. 63-79) es de carácter estadístico y revela un aumento de la

actividad de antologización del cuento latinoamericano en Alemania sobre todo a partir de 1980. El corpus de 20 antologías presenta 482 cuentos de 23 países, ocupando Argentina, Brasil y México los tres primeros puestos. De los 216 autores, los más publicados son Borges, Asturias, García Márquez y Rulfo. En nueve antologías no aparece ninguna autora, y en general, las escritoras están representadas solamente en un 12% del total de textos. En cuanto a los 101 traductores y traductoras implicados, 12 de ellos han traducido más de la mitad de los textos; el traductor más prolífico es Karl August Horst, que ha traducido 46 textos de 16 autores para 13 antologías, seguido por Gerda Theile-Bruns, Curt Meyer-Clason y José Antonio Friedl-Zapata. Las antologías fueron publicadas por 14 editoriales alemanas, sobresaliendo Fischer con cuatro, Herder, Piper y Suhrkamp con dos antologías cada una. El estudio cuantitativo demuestra que si bien la editorial Suhrkamp es considerada en Alemania la principal promotora de la literatura latinoamericana, no ha desempeñado un rol pionero en la publicación de antologías de cuento; las dos antologías de Suhrkamp (1986 y 1992) difieren solamente en el título, pero no en los textos o las traducciones, o sea que se trata, básicamente, de una sola antología. Gerling consigna para el período estudiado la publicación en Alemania Democrática de solamente dos antologías de cuento latinoamericano, una de ellas publicada por la conocida editorial Volk und Welt, pero explica que esto se debe a que en Alemania Democrática se publicaban preferentemente antologías regionales o nacionales, que no son incluidas en este estudio, restringido a las antologías de carácter continental.

En un segundo paso, Gerling efectúa un análisis cualitativo (pp. 81-159), tomando en cuenta los diversos peritextos, en particular los prólogos del editor o la

editora, y poniéndolos en relación con los cuentos antologados. Aquí observa una clara tendencia por parte de los editores responsables a privilegiar los contenidos sociales y a concebir la literatura latinoamericana en primer lugar como portadora de información sobre la realidad extraliteraria; los temas predominantes son la pobreza, la injusticia social, la violencia, la represión estatal, el machismo, etc. Por supuesto que se registran cambios en lo que hace a los parámetros de selección de cuentos entre 1945 y 2000, pero aunque se dé a partir de los años setenta mayor cabida al género fantástico, de todos modos eso no afecta la posición generalizada en los peritextos, que sigue respondiendo a las coordenadas referidas. Ello provoca lo que Gerling denomina coherencias y colisiones discursivas, en la medida en que los editores tratan de imponer a través de la selección una cierta coherencia que responda a la imagen que pretenden transmitir de América Latina en la antología, pero los cuentos seleccionados en muchos casos relativizan o directamente desmienten esa deseada coherencia. Gerling analiza en varias antologías la coherencia deseada y presenta luego las colisiones a partir de su lectura de los cuentos, sin entrar todavía a trabajar sobre las traducciones, sino solamente a nivel de estrategias narrativas y contenidos de los cuentos mismos. La autora observa que son las discusiones políticas e ideológicas de la cultura meta las que determinan la selección de los cuentos, sobre todo en base a sus contenidos, puesto que se parte de una concepción mimética de la literatura latinoamericana. Como un segundo momento del análisis cualitativo, Gerling observa que las antologías se fundan en una concepción homogeneizadora de “la identidad latinoamericana” y que transportan un conjunto de estereotipos exotistas en el marco de la tensión entre identidad (euro-

pea y alemana) y alteridad (latinoamericana), que alimentan una nostalgia y un deseo y promueven el consumo de estas antologías en Alemania. Entre los tópicos de la alteridad latinoamericana (que por supuesto hay que leer en el marco de las teorías de formación de identidad como una definición de lo propio por contraste), se encuentran el tópico del atraso y la representación del otro en la figura del indio y su mundo mágico. Una excepción en este sentido la ofrece la antología publicada en 1972 en Alemania Democrática por Volk und Welt, que adopta una postura crítica frente a este discurso exotista y en cierto modo racista de la alteridad latinoamericana (que tan bien se vende, hay que agregar, en Alemania Federal a partir de los años setenta). Si los peritextos tienen hasta 1980 carácter didáctico y explicativo, a partir de entonces se observa una reducción tanto de los prólogos como de las notas, debido seguramente al aumento del nivel general de información de los lectores, a los que ya no es necesario guiar por territorios literarios desconocidos. Gerling sostiene, además, que el abandono de un aparato crítico en los noventa tiene que ver en primer término con estrategias de venta. También en lo que hace a la tensión entre identidad y alteridad, la autora registra coherencias y colisiones discursivas, que analiza en casos ejemplares a partir de los cuales concluye que la alteridad de los textos es sometida a través de los peritextos (entre los que se encuentran también las ilustraciones de tapa, incluidas en el CD-Rom), a una notable reducción, de modo que se activan en las antologías estrategias de traducción asimilacionistas, que contribuyen a generar una transferencia cultural etnocéntrica afirmando y consolidando en primer término la propia cultura (p. 153). Esta segunda parte se complementa con el texto incluido en formato pdf en el CD-Rom (Text Teil 2, pp.

1-114), que analiza en peritextos y en los cuentos traducidos la expectativa de mimesis como lectura dominante, revisa los núcleos temáticos vinculados a la historia, la política y la sociedad, lee la diferencia de géneros sexuales como metáfora de los conflictos sociales, y elabora los conceptos de identidad y alteridad como bases discursivas en la conjunción de textos y peritextos.

La tercera etapa de análisis (pp. 161-208 del libro) se centra en el cotejo entre texto fuente y texto meta, y en la comparación entre diversas traducciones de un mismo texto. En el caso de “Josefina atiende a los señores” de Guillermo Cabrera Infante, en traducción de Elfriede Jelinek y Gerd Loschütz por un lado, y de Lene Klein por otro, Gerling atiende a la traducción que literaliza las marcas de oralidad; en “La lluvia”, de Arturo Usler Pietri en traducción de Georg H. Neuendorff y de Gerda Theile-Bruns, analiza la interpretación de los traductores que convierte a “La lluvia” casi en un cuento de hadas, o bien acentúa el aspecto de lo “mágico” irracional. Se analizan también las traducciones de “Viaje a la semilla” de Alejo Carpentier por Roland Erb y Anneliese Botond, de “Emma Zunz” de Borges por Karl August Horst y su versión corregida por Gisbert Haefs y de “O peru de Natal” de Mário de Andrade por Curt Meyer-Clason y por Silke Levermann. En conclusión, Gerling observa una reducción de la complejidad por concentrarse los traductores en aspectos de contenido y una predominancia del discurso del realismo mágico, considerado en Alemania como expresión típicamente latinoamericana.

En el CD-Rom el lector interesado encuentra además del archivo de texto arriba mencionado, una lista de abreviaturas, las ilustraciones de tapa de todas las antologías y diversas tablas con los datos de los cuentos antologados, los que fueron

publicados en antologías más de una vez y los datos de los traductores para la totalidad del material estudiado. Este libro de Vera Gerling echa luz no sólo a la escena alemana de la traducción de literatura latinoamericana, sino en general a las modalidades de recepción de esa literatura en el ámbito alemán.

Andrea Pagni

Barbara Dröscher: *Mujeres letradas. Fünf zentralamerikanische Autorinnen und ihr Beitrag zur modernen Literatur: Carmen Naranjo, Ana María Rodas, Gioconda Belli, Rosario Aguilar und Gloria Guardia*. Berlin: edition tranvía/Walter Frey (Tranvía Sur) 2004. 298 páginas.

Laura Barbas-Rhoden: *Writing Women in Central America. Gender and the Fictionalization of History*. Athens, Ohio: Ohio University Press (Ohio University Research in International Studies; Latin America Series, 41) 2003. IX, 201 páginas.

Antonio Velásquez: *Las novelas de Claribel Alegría. Historia, sociedad, y (re)visión de la estética literaria centroamericana*. New York, etc.: Lang (Latin America Interdisciplinary Studies, 4) 2002. 207 páginas.

Desde que en 1966 Claribel Alegría publicara, con *Cenizas de Izalco*, su primera novela que fue algo así como el detonante de la “nueva narrativa” centroamericana escrita por mujeres, ha ido apareciendo una pléyade de escritoras que, no obstante, se abrieron paso sólo tardíamente, hecho que se explica principalmente por dos factores: por un lado el escena-

rio político de guerras civiles y movimientos revolucionarios, que captó y encauzó la atención internacional despertando un particular interés por la poesía y el testimonio; por el otro, el *boom* que experimentó, a partir de los años ochenta, la escritura femenina tal como la representaron ante todo escritoras de México y del Cono Sur, creando en el mercado internacional una demanda a la que las centroamericanas no correspondieron ni en su actitud frente a la sociedad que someten a una crítica radical, ni en sus conceptos epistemológicos y estéticos que se tradujeron en obras sumamente experimentales. Destacar el carácter específico de esta escritura femenina en el contexto de las transformaciones sociales que se han ido operando en Centroamérica desde los años sesenta, es el objetivo tanto de Barbara Dröscher como de Laura Barbas-Rhoden, cuyas obras aun cuando difieran en cuanto a algunos aspectos tratados con mayor o menor énfasis, se complementan en cuanto a su enfoque y procedimiento.

Barbara Dröscher, después de una introducción al movimiento feminista dentro de los procesos de transformación que vivieron las diversas sociedades centroamericanas durante la segunda mitad del siglo XX, presenta por separado a cinco escritoras: la costarricense Carmen Naranjo (*1931), que con más de 25 libros publicados y destacando tanto en el campo de la poesía como en el de la narrativa y del ensayo, es sin duda la de mayor peso entre las retratadas; la guatemalteca Ana María Rodas (*1937), que a partir de los años setenta se distinguió como poetisa; las nicaragüenses Rosario Aguilar (*1938) y Gioconda Belli (*1948), cuya actitud diferente frente al movimiento sandinista no dejó de influir en la recepción de su narrativa, siendo Gioconda Belli la que mejor pudo beneficiarse, con su novela *La mujer habitada* (1988), de la solidaridad interna-

cional con los sandinistas; y, finalmente, la panameña Gloria Guardia (*1940), la única entre estas escritoras que representa la vertiente de la “nueva narrativa histórica”. En sus retratos, Dröscher, sin descuidar el contexto biográfico y político-social, ofrece esencialmente una minuciosa (re)lectura de los textos, enfocando tanto los personajes y conflictos como las técnicas narrativas empleadas para procurar un panorama sugerente y sugestivo de un conjunto de obras que destellan tanto por su alcance referencial como por su valor estético. Veamos dos ejemplos.

Carmen Naranjo, cuyas novelas presentan una visión despiadada de la nueva clase media urbana, mal adaptada a los procesos de una modernización fragmentada, figura con cinco novelas: *Los perros no ladraron* (1966), *Camino al mediodía* (1968) y *Memorias de un hombre palabra* (1966) —obras que la autora señaló como trilogía habiendo tratado en ellas el mismo fenómeno de la burocracia—; *Diario de una multitud* (1974), especie de *collage* en donde se presenta, a través de una profusión de voces, la vida diaria en la ciudad; y *Sobrepunto* (1985), novela escrita ya a comienzos de los años setenta, la única que tiene como protagonista a una mujer y que Carmen Naranjo calificara de “novela feminista”. A través de su análisis pormenorizado Dröscher demuestra cómo el carácter altamente fragmentado y polifónico de los textos que coincide con múltiples reflexiones metatextuales, corresponde con la heterogeneidad y disgregación de una colectividad, en la cual los individuos, tanto hombres como mujeres, fracasan en el intento de escapar, o bien de la prisión que significan para ellos los roles tradicionales de género y sexo o bien de la incomunicación y del vacío que predominan en su existencia, agarrándose a los ritos de la sociedad burguesa de consumo. La complejidad que resulta del enfoque de

la autora se revela particularmente contundente en *Diario de una multitud*, donde los fragmentos de monólogos y diálogos truncados representan “una multitud de seres particulares con una determinada manera de hablar y un entorno social, histórico y cultural específico”, que “se resiste a una percepción homogeneizadora como masa” y cuya presentación en fragmentos rehuye “los principios de la lógica causal, alterando el pensamiento categorizante según la tradición de la modernidad occidental” (pp. 43 s.).

Gloria Guardia, de quien se presentan con especial detenimiento las novelas históricas *El último juego* (1977) y *Libertad en llamas* (1999), al contrario de Carmen Naranjo, favorece el protagonismo femenino en la lucha por la liberación y la soberanía nacionales, relacionada con el Canal de Panamá y la actitud de los diversos segmentos de la sociedad panameña frente a Estados Unidos (en *El último juego*) o la resistencia armada de Sandino, en el Nicaragua de los años 1927-1928, contra las tropas de ocupación estadounidenses (en *Libertad en llamas*). Resulta particularmente interesante cómo Guardia, utilizando los más diversos intertextos históricos y multiplicando las voces narrativas garantes (o no) de la autenticidad de los eventos narrados, llega a una evaluación del pasado (y del presente) que se debate, en *El último juego*, entre visiones contrapuestas e irreconciliables o que “deconstruye”, en *Libertad en llamas*, el “mito” del prócer Sandino y con ello de la “nación sandinista” (p. 245), revelándose las dos novelas en su gesto de metaficción historiográfica como *anti-foundational fictions* (p. 247).

En un capítulo final, Barbara Dröscher destaca la “orfandad”, que comparte la mayoría de las protagonistas en las novelas presentadas, como tópico que sería característico de esa escritura femenina: signo de soledad y desamparo, pero tam-

bién “metáfora de una ruptura en los modelos tradicionales de feminidad” (p. 262). Pero esa figura literaria no es nada nueva, lo que advierte también la autora; y no es, como ella demuestra justamente a través de sus análisis sumamente acertados, lo que constituye el atractivo particular de esos textos. De mayor interés —y más oportuno para una conclusión— hubiera sido sintetizar en qué sentido las escritoras retratadas se salen del *mainstream* de una escritura femenina latinoamericana *en vogue*, cuyo enfoque —como señala Laura Barbas-Rhoden— “is on a personal, intimate, and individual world where the conclusions are romantic rather than socially transformative” (p. 8).

En su libro *Writing Women in Central America*, Laura Barbas-Rhoden, a su vez, retrata a cuatro escritoras centroamericanas —además de Rosario Aguilar y Gioconda Belli, también presentes en el libro de Barbara Dröscher, la salvadoreña Claribel Alegría (*1924) y la costarricense Tatjana Lobo (*1939)—, indicando como criterio de selección el hecho de que todas ellas ofrecen una versión subversiva de la Historia, la cual favorece a aquellos que como las mujeres y los pueblos indígenas no han tenido voz propia, trayendo a la memoria aquellos “unspoken, unrepresented pasts” (Homi Bhabha) que acosan el presente (p. 2). Veamos también para Barbas-Rhoden dos ejemplos.

Para las novelas de Claribel Alegría se destacan dos preocupaciones: por un lado la recuperación de la memoria a través de protagonistas femeninos, empeñados en librarse de la opresión de la cual son víctimas por su condición de mujer, para constituirse en sujeto y dueño de su propio destino, subvirtiendo al mismo tiempo aquellas representaciones de la Nación que cimentan la injusticia y marginación de los oprimidos; por el otro la operación misma de hacer memoria, que los perso-

najes realizan leyendo o escribiendo y que la voz narrativa indaga a nivel metatextual, constituyéndose el universo ficcional de modo altamente fragmentario y polifónico. Ese fue el procedimiento de Claribel Alegría en su novela *Cenizas de Izalco* (1966), que escribió junto con su marido Darwin Flakoll y que le valió el reconocimiento internacional: indaga las circunstancias del levantamiento popular de 1932 en El Salvador y la subsiguiente matanza de miles de campesinos a través del proceso de concienciación de una mujer, que en su afán de reconstruir el pasado se apoya en los recuerdos mediatizados de su madre, de modo que “reading, interpreting and responding to texts” (p. 25) llega a recuperar la memoria tanto familiar como nacional, revelando al mismo tiempo “the multiplication of interpretive possibilities and the constructed nature of history” (p. 27). Esa “competición discursiva” (*Ibid.*) se manifiesta de modo aún más radical en *No me agarran viva: la mujer salvadoreña en lucha* (1988), una novela testimonio también escrita en colaboración con Darwin Flakoll, donde se recupera el legado de una guerrillera muerta en la lucha por la liberación nacional, a comienzos de los años ochenta: texto híbrido que comparte con el género del *testimonio* o de la novela testimonio la intención “etnográfica”, pero que no da voz propia al personaje ni cuenta su historia de modo cronológico sino reúne múltiples testimonios ajenos, que de modo dialógico se organizan en la reconfiguración de una vida no real sino posible.

La misma intención de “historical metafiction” caracteriza la narrativa de Tatiana Lobo que, sin embargo, centra su atención en memorias “subalternas” —en el contexto costarricense representadas ante todo por el/la indígena y los/las descendientes de inmigrantes negros jamaicanos— y las “zonas de contacto”, concreta-

mente la Costa Atlántica que desde la Colonia está ubicada en la periferia de la Nación, configurando un territorio culturalmente diferente. Para la novela *Asalto al paraíso* (1992), que se centra en los conflictos entre Cartago, centro del colonizador, y Talamanca, espacio vital de los indígenas, Laura Barbas-Rhoden destaca, en su análisis convincente, que la autora, sin darle voz propia a la mujer indígena “subalterna” le da el poder de actuar: “she can act, and her being and doing transform the social order” (p. 137). Tatiana Lobo no cae en la tentación de dotar a su personaje “subalterno” de medios para expresarse, ya que los archivos de la Colonia, de hecho, no han registrado su voz; pero dándole a la mujer indígena, en el proceso de transculturación, una presencia creadora y recreadora “is a strike against the foundations of both a cherished national myth and identity” (p. 134). Y ese mito de una nación costarricense “blanca” es subvertido de modo aún más patente en la novela *Calypso* (1996), que narra los “cien años” de un pueblo en la Costa Atlántica, víctima durante el siglo XX de colonización interna, donde la presencia de la población negra de descendencia jamaicana “reclaims heterogeneity and contradictions in Costa Rican society, showing the ‘sedimentation, juxtaposition, and interweaving’ [García Canclini] of multiple traditions and temporalities” (p. 157). (Hubiera sido de gran interés seguir en esa línea de subversión del concepto identitario nacional decretado, tan candente en el contexto costarricense, e incluir a Anacristina Rossi (*1952), que con su novela *Limón Blues* (2002) presentó una *crónica novelada* de la provincia Limón y de la presencia afroantillana en la Costa Atlántica, que va de los años ochenta del siglo XIX hasta los años treinta del siglo XX: “un mundo que, por la barrera del idioma y la incompreensión y el racis-

mo de los costarricenses, quedó fuera del acervo cultural del país”¹.

Mientras que la virtud del libro de Barbara Dröscher es la de presentar, esencialmente mediante un *close reading*, análisis contundentes de las novelas respectivas —análisis que despiertan en el lector o la lectora el deseo y la ambición de adentrarse por su propia iniciativa en ese universo fascinante y multifacético—, el de Laura Barbas-Rhoden se señala por la más explícita atención a posiciones teóricas, principalmente de los *postcolonial studies*. Sin embargo, ante esa preocupación de la autora sorprende la irreflexión —o ingenuidad— cuando trata del supuesto carácter “histórico” de las novelas que presenta, designándolas de “narratives of historical fiction” (p. 14), de “texts that have an overtly historical intent” (p. 18) o de “historical novels” *tout court* (p. 18). Ya que Barbas-Rhoden inserta a esas “novelas históricas” en la corriente de la “nueva novela histórica” del *post-boom* —lo que se justifica para algunas; empero, no para todas— hubiera sido indicado darle a la “fictionalization of History” propuesta en el subtítulo, una convincente base teórica.

Un valioso complemento a los libros reseñados es el publicado por Antonio Velásquez, quien se dedica exclusivamente a la narrativa de Claribel Alegria: a la novela *Cenizas de Izalco* y a las novelas cortas *El detén* (1977), *Álbum familiar* (1982), *Pueblo de Dios y de Mandinga* (1985), y *Despierta, mi bien, despierta* (1986). En su introducción va dibujando el marco dentro del cual situará su investigación, afirmando: “Además de servir como baluarte en contra del olvido voluntario o forzado, la obra literaria funciona como arma de combate y resistencia” (p. 1); aseveración apo-

díctica seguida por otra que tampoco permite réplica ninguna, declarando Velásquez su intención de “generar interés en el genio de [Claribel] como artista de la palabra” y “en [su] genial manera de evocar perspectivas históricas distintas a las que oficialmente se conocen” (p. 2). La admiración inmensurable que el autor profesa por su objeto de estudio, por cierto simpática, le lleva, sin embargo, a valoraciones que a veces lindan con lo cursi; por ejemplo, cuando califica la narrativa alegriana de “vivo testimonio de una gran escritora, con orgullo latina de y para América” (p. 107) o cuando afirma que su literatura es “una de combate [...] debido a la enorme cantidad de latigazos verbales y de luchas martiriales de los que sus personajes son autores” (pp. 170 s.). Empero, si se hace abstracción de esos disparates (que se repiten a través del libro), Velásquez da una visión abarcadora y perspicaz tanto de los temas y motivos recurrentes como de las técnicas narrativas empleadas en la obra de Claribel Alegria, con un amplio conocimiento de los presupuestos teóricos que vienen al caso, recurriendo, para *Cenizas de Izalco*, ante todo a Bakhtin y para las novelas cortas “fantásticas” a todo el repertorio francés.

De particular utilidad es la “Bibliografía selecta” de la autora (pp. 179-188), que no es tan “selecta”, ya que abarca textos publicados hasta en los más recónditos lugares. Y de gran provecho —para el que no conozca la historia de El Salvador ni su literatura— es también el primer capítulo (pp. 7-56), donde Velásquez introduce al contexto histórico, político-social y cultural del país; exposición que según mi modesto criterio —que, desde luego, comparte en lo esencial la posición crítica adoptada por el autor— peca a veces de perogrullesco siempre y cuando Velásquez abunda en lo “políticamente correcto”.

¹ Anacristina Rossi: *Limón Blues*. San José: Alfaguara 2002, p. 398.

Madeline Cámara: *La letra rebelde. Estudios de escritoras cubanas*. Miami: Ediciones Universal 2002. 155 páginas.

Miriam DeCosta-Willis (ed.): *Daughters of the Diaspora. Afro-Hispanic Writers*. Miami/Kingston: Ian Randle 2003. 451 páginas.

En estos volúmenes encontramos a dos investigadoras que enfocan la escritura femenina: Madeline Cámara, profesora cubana que reside en los Estados Unidos, es especialista de una lectura feminista de autoras cubanas; Miriam DeCosta-Willis, a su vez, es una norteamericana que editó varios volúmenes de ensayos dedicados a escritoras negras de lengua española.

En *La letra rebelde*, Cámara persigue la idea de una resistencia pícara en la literatura cubana escrita por mujeres a partir del siglo XVIII, opinando que ellas critican el poder patriarcal de la ‘nación’ cubana durante la Colonia, la República y durante la época de la Revolución. Su volumen reúne una serie de siete textos, escritos entre 1993 y 2002, casi todos publicados anteriormente. Se destaca la preferencia por una autora como Zoé Valdés, a cuya novela *La nada cotidiana* (1995) está dedicado un ensayo entero, leyéndola como un texto posmoderno basado en el neobarroco de Lezama Lima, de Severo Sarduy y de otros escritores latinoamericanos. Esta preferencia caracteriza la posición de Cámara ante la cultura cubana: es una visión de exilio, en sus propias palabras de diáspora, con la posición femenina como hito subversivo contra el totalitarismo masculino en cada situación histórica.

Cámara también es autora de una monografía sobre María Elena Cruz Varela, ex-prisionera política cubana y, con *Juana de Arco, el corazón del verdugo*, ganadora del premio de novela histórica “Alfonso X el Sabio” 2003. No obstante, en *La letra*

rebelde, Cruz Varela sólo desempeña un papel secundario. Aquí se trata de resúmenes históricos y de la discusión de algunas autoras contemporáneas que escriben en Cuba, así como de cubanas que escriben fuera de su país. Al mismo tiempo, Cámara entiende sus textos como estudios introductores a la discusión académica del feminismo. Con vistas a esta aspiración, sus ensayos hubieran merecido una mejor organización del aparato bibliográfico, que queda bastante deficiente. Además, vale mencionar que según la solapa del libro, la autora dice haber nacido “en el pueblito costero de Regla, La Habana, Cuba, bajo la protección de Obatalá”: declaración extraña, ya que Regla es uno de los barrios más afrocubanos de la isla, pero el mundo de la santería y de los *orishas* no recibe, en el libro de Madeline Cámara, la debida atención. Se discute a Nancy Morejón, Georgina Herrera y Lydia Cabrera sin tomar en cuenta su afición por la cultura afrocubana.

Al contrario, el libro de Miriam DeCosta-Willis, *Daughters of the Diaspora*, se distingue por tener un interés particular en el mundo afro-hispano, inventando la autora el neologismo “Afro-Hispanas” para presentar a autoras contemporáneas de países tan diferentes como Uruguay, Puerto Rico, República Dominicana, Costa Rica, Cuba, Ecuador, Colombia y Guinea Ecuatorial. No importa si estas escritoras escriben fuera o dentro de su país. En este caso “diáspora” se entiende de una manera diferente: como un proceso que comienza en la temprana historia moderna con la Trata y que se caracteriza por los nexos indisolubles entre África y América Latina. De cada una de las autoras se traduce un fragmento de texto al inglés, seguido por un ensayo acerca de la obra o una entrevista con la autora. Por la selección de los textos y escritoras, el libro lleva a no pocas sorpresas. Por ejemplo, se presenta a la poetisa

Carmen Collot Pellot (Puerto Rico) que publicó su libro de poesía *Ámbar mulato (ritmos)* (1938) como contraparte de la poesía “negrista” de Luis Palés Matos, sin recibir atención por parte de la crítica literaria. En otro ensayo, Chiqui Vicioso (República Dominicana) realiza una interpretación muy personal de la vida de la poetisa Julia Burgos, puertorriqueña muerta trágicamente en Nueva York en 1951. Además nos enteramos de que la africana María Nsue Angue es la primera mujer de Guinea Ecuatorial que publicó una novela, *Ekomo* (1985), en Madrid. Y su paisana Raquel Ilombé es autora de un libro de poesías con el título *Ceiba* (1978), nombre de un árbol legendario en la cultura de Cuba, Puerto Rico y otros países del continente latinoamericano.

En resumen, cada uno de estos dos volúmenes tiene un claro proyecto intelectual de presentación. Sin embargo, hay grandes diferencias: mientras que la interpretación académica de Cámara tiende a negar los rasgos originales de las escrituras femeninas, DeCosta-Willis los hace manifiestos como cajas de Pandora que esperan ser interpretadas y descubiertas.

Ineke Phaf-Rheinberger

Marjorie Agosín: *Taking Root. Narratives of Jewish Women in Latin America*. Athens: Ohio University/Center for International Studies (Research in International Studies/Latin America Series, 38) 2002. XXIX, 299 páginas.

Edna Aizenberg: *Books and Bombs in Buenos Aires. Borges, Gerchunoff, and Argentine-Jewish Writing*. Hanover/London: University Press of New England/Brandeis University Press 2002. X, 195 páginas.

Rainer Kornberger: *Zion und der Zionismus in der jüdisch-argentinischen Literatur*. Frankfurt/M. etc.: Lang (Hispano-Americana. Geschichte, Sprache, Literatur, 33) 2003. 274 páginas.

Últimamente, varios estudiosos se han dedicado a la literatura escrita por autores judíos en América Latina, un tema menospreciado hasta entonces. Presentaremos tres estudios sobre esta temática, muy diferentes el uno del otro tanto por su enfoque y su estilo como por su contenido y sus objetivos específicos. Para ello no pretendemos establecer una comparación entre los tres estudios sino aportar una crítica con la que se da a cada uno el valor que se merece.

En el primer estudio, *Taking Root* de la crítica literaria Marjorie Agosín, se narran –como indica el subtítulo– diferentes historias de mujeres judías que pasaron cierto tiempo de su vida en América Latina. En la “Introducción”, la editora explica claramente el objetivo que se propone: reflejar el mosaico de las identidades judías existentes en diferentes países de América Latina, dando la voz a varias mujeres que se encuentran en las situaciones más variopintas según su historia individual y su situación actual. Lo que les une a todas ellas, además de ser judías y de vivir o haber pasado un tiempo importante de su vida en un país latinoamericano, es que son escritoras o periodistas. Los 22 capítulos que constituyen el libro son autobiografías narradas a la misma Marjorie Agosín, con la excepción de Wilma Bloch Reich, quien narró “The Story of Her Life” a su nieta Jessica P. Alpert. El libro se abre con un capítulo escrito por la narradora y crítica argentina Edna Aizenberg (en el que nos detendremos más tarde), donde ya el título (“Latin American Jewishness. A Game with Shifting Identities”, pp. 1-11) viene a señalar que

ser judía o judío en América Latina es un juego con identidades cambiantes. Cada una de las mujeres entrevistadas abre una o varias ventanas a las múltiples identidades que adoptaron a lo largo de su vida, tras sus viajes y experiencias.

Todas estas revelaciones, como era de esperar, resultan bastante heterogéneas, dando, sin embargo, la visión de una sola y múltiple identidad: la de la mujer judía en América Latina, o con las palabras de la escritora argentina Ana María Shua: “And so, here I am, Latin American, a woman, a Jew, a writer – in that order or any other [...]” (p. 263). Mientras que Ethel Kominsky recuerda los caminos que recorrieron sus abuelos al llegar a Brasil a principios del siglo xx y Angelina Muñiz de Huberman cuenta cómo sus padres, de ascendencia francesa, escapando de la Guerra Civil Española llegaron a México, Ruth Behar y Fortuna Calvo-Roth ponen énfasis en las tensiones entre los judíos sefardíes y *ashkenazi*. Verónica de Darer y Cecilia Rosenblum se decantan por plasmar los problemas de identidad que sienten al haber llegado a los Estados Unidos, donde los otros las ven más como hispanas que como judías (pp. 132-133). Un último aspecto importante que une a esas mujeres es que casi todas escriben en español tras haber aprendido y hablado en las diferentes etapas de su vida varios idiomas, como dice Wilma Bloch Reich en el título de su contribución: “*Die Reise. Speaking German, speaking Dutch, struggling with English, picking up some Spanish*” (p. 160).

Para todo aquél que no se espera leer un estudio científico sino simplemente aprender acerca de la situación de los judíos en América Latina, viene a ser un libro revelador, en el que algunas autoras llevan al lector a convivir con ellas, a conmovirse, aun cuando con algunas otras historias uno pueda a veces aburrirse.

En el caso de *Books and Bombs in Buenos Aires*, el mero nombre de la autora, Edna Aizenberg, ya sugiere una lectura interesante y fructífera, esperanzas que se cumplen en cada una de las casi doscientas páginas de libro. Como punto de salida, la autora hace referencia al atentado al edificio de la AMIA en Buenos Aires, que ocurrió el 18 de julio de 1994 y que causó la muerte de más de 80 personas: desde las madres de la calle Pasteur hasta las madres de la Plaza de Mayo, Edna Aizenberg nos lleva a repensar la situación en la que se encuentran los judíos como uno de los grupos marginados dentro de la sociedad argentina y ofrece una nueva percepción de la literatura judía latinoamericana en cuanto representa la diversidad e hibrididad tan característica para las culturas del subcontinente.

La división del libro en dos partes, “Gauchos” y “Golems”, es un primer indicio de la originalidad de esta obra. Quien conoce algo de la literatura argentina reconocerá en seguida que “gaucho” se refiere a *Los gauchos judíos* (1910), de Alberto Gerchunoff. Empezando con la biografía de este importantísimo autor, Edna Aizenberg ofrece un resumen literario-cultural de la historia de la inmigración judía en la Argentina desde el siglo xix hasta el presente, reflexiona acerca de la constante búsqueda de la identidad judía y relaciona el texto de Gerchunoff con las obras de otros autores, como Gerardo Mario Goloboff, Ricardo Feierstein y Marcos Aguinis, para mencionar tan sólo a algunos. Mientras que la primera parte versa sobre la Argentina, la segunda lo hace sobre el mundo, a través de una nueva lectura de los “golems” de Jorge Luis Borges, proponiendo una redefinición de su obra como “post-Auschwitz”. Luego, partiendo de la novela *El samovar de plata* de Eduardo Stilman y haciendo referencia al poema “El puñal” de Borges, Edna Aizenberg

presenta un vasto panorama de la crítica literaria acerca del problema de qué sería “literatura judía”, haciendo valer su amplio conocimiento de la literatura argentina y universal como de todo el aparato teórico actualmente discutido. En el último subcapítulo de su libro, Aizenberg ofrece una “cuasi-conclusión” acerca de la situación de los judíos en América Latina, y con ello volvemos a su artículo que sirve de introducción al volumen editado por Marjorie Agosín. Aquí, Edna Aizenberg vuelve al atentado contra el edificio de la AMIA en Buenos Aires y concluye con las palabras que sirvieron de lema para el octavo aniversario del atentado: “Without memory there is no justice. Without justice there is no future”.

El estudio de Reiner Kornberger, *Zion und der Zionismus in der jüdisch-argentinischen Literatur* (Sión y el sionismo en la literatura judío-argentina), presenta a más de diez escritores argentinos del siglo xx, que en algunas de sus obras han tematizado el sionismo. Los dos primeros capítulos son acercamientos históricos al sionismo en Argentina. Los dos capítulos siguientes se centran en tres poetas de principios del siglo, que con su poesía o expresan el deseo de volver a la patria perdida (Lázaro Liacho y Carlos M. Grünberg) o anhelan, de manera más radical, una nueva vida en Israel (León S. Pérez). A continuación se presenta la novela *La mitad de nada*, de Samuel Tarnopolsky, en la que se tematizan las diferentes actitudes de los judíos en la diáspora, adoptando los unos la vía de la asimilación y luchando los otros contra la judeofobia. Samuel Pecar es el primero entre los autores presentados, quien se fue a vivir de manera definitiva en Israel y quien describió en su obra tanto la fase anterior al viaje, fase de dudas e inquietudes, como la fase de adaptación a la nueva vida en Israel. En el caso de Iehoshúa Faigón y de Mauricio Gold-

berg, la experiencia decepcionante de esa nueva vida les llevó a callarse literariamente después, mientras que Ricardo Feierstein describe el fracaso de la vida en el *kibbutz* en la tercera parte de su trilogía, *El caramelo descompuesto*. Uno de los autores judíos más prolíficos de la Argentina, Marco Aguinis, tematizó el sionismo en dos textos, la novela *Refugiados* y el cuento “El profeta de Nínive”, textos que también son prueba de una actitud crítica hacia la vuelta a Israel. Para algunos autores –por ejemplo, Bernardo Verbitsky, Mateo Goldstein y Jacobo Timerman– la guerra de Junio de 1967 fue motivo para un viaje a Israel, experiencia que luego describieron a través de una novela (Verbitsky) o en textos periodísticos.

La obra de Kornberger destaca por su valor informativo, con descripciones breves y muy concisas de los textos analizados; y como está bien estructurado, con una minuciosa división en capítulos y subcapítulos, el lector puede fácilmente ubicar a un determinado autor. Falta, sin embargo, un claro concepto teórico –lo que extraña en una tesis doctoral como esa, cuyo prólogo (“Vorbemerkung”) es de menos de tres páginas–.

Comparando brevemente los tres libros presentados se puede decir que cada uno ofrece algo al lector, siempre según sus intereses y expectativas: la compilación de Marjorie Agosín presenta narraciones muy personales, a veces perpetradas de sentimentalismo; el ensayo de Edna Aizenberg se caracteriza por un profundo conocimiento de la literatura argentina y de la crítica literaria; y la tesis de Reiner Kornberger, por su valor informativo, se puede considerar como útil obra de consulta.

Sonja M. Steckbauer

Patricia Willson: *La Constelación del Sur. Traductores y traducciones en la literatura argentina del siglo XX*. Buenos Aires: Siglo XXI 2004. 293 páginas.

Desde la voracidad importadora de Sarmiento al juego transfigurador de las versiones en Aira, la traducción resulta una de las operaciones básicas de la literatura y la cultura argentinas. En un ensayo ya clásico sobre el tema, Jorge Panesi llama la atención sobre la hospitalidad y la disposición para la traducción que manifiesta una cultura que traslada al español *Ferdydurke* de Gombrowicz, en los bares porteños, sin conocer el polaco y colaborando con su autor en el empeño sobre una lengua que apenas domina. La lectura de esta escena, tan única como paradigmática, es precisamente el punto de partida de *La Constelación del Sur. Traductores y traducciones en la literatura argentina del siglo XX*, el libro en el que Patricia Willson despliega un estudio crítico inteligente sobre el lugar central que ciertas traducciones y ciertos traductores ocupan en la contenciosa conformación de nuestra literatura nacional. Un primer supuesto, procedente de los llamados *Translation Studies*, singulariza su propuesta y permite que su investigación se proyecte en una dirección aún inexplorada en la literatura argentina: se trata para la autora de “analizar la literatura traducida desde una perspectiva crítica situada en el marco de la cultura receptora” (p. 15), esto es, de atender menos al vínculo establecido con el texto original –las correspondencias entre original y traducción pierden importancia–, que de interpretar las huellas que los debates estéticos y los sistemas de representaciones propios de nuestra literatura dejan en los textos traducidos.

En estrecha proximidad con este primer supuesto, Willson explicita los otros dos postulados que delimitan su estudio.

Desestimadas las preguntas derivadas de los métodos y de la teoría de la traducción, su trabajo busca responder a cuestiones propias de la crítica literaria –de una crítica de claro corte sociológico, que piensa los logros estéticos en términos de estrategias de escritor y mide sus alcances a la luz de la incidencia que tienen en el campo cultural–. La convicción de que cuando se analizan las estrategias que rigen la composición de un texto traducido (“estrategias editoriales”, por un lado, y “estrategias de traducción”, por otro) se obtiene una lectura crítica de similar eficacia a la que proviene de la lectura de textos “originales” orienta las interpretaciones que Willson realiza del corpus seleccionado. Ligada a esta posibilidad de una aproximación crítica específica, la autora advierte sobre la necesidad de delimitar la función que la literatura traducida tiene en el desarrollo de una literatura nacional. Así como hay momentos de la historia literaria en que los textos que se eligen trasladar reproducen o fortalecen la estética imperante, hay otros –señala Willson– en los que la actividad de ciertos traductores cumple una tarea decisiva en la renovación de las poéticas o de la lengua literaria establecidas. Éste es el caso de la etapa en que se centra su estudio. La misma se extiende entre 1936 y 1956 y cubre lo que se describe como un “período de apogeo para la traducción literaria en la Argentina” (p. 36). En esos años, la confluencia de un auge de la industria editorial, propiciado por distintos factores nacionales e internacionales, con la existencia de un número destacado de traductores –escritores, la mayoría de ellos nucleados en la revista *Sur*– favorecieron el traslado al español de una nueva selección de textos, de notable influencia en la literatura argentina de esos años.

La centralidad que el proyecto editorial de *Sur* alcanzó durante este período estuvo

vinculada, afirma Willson, no sólo con esa renovación del corpus, que por primera vez incorporaba la traducción de textos de autores contemporáneos, sino también con la transformación estética que la literatura traducida propició en nuestra literatura nacional. En un insoslayable primer capítulo, titulado “La literatura extranjera en ‘los anaqueles de pueblo’”, la autora describe y analiza algunos proyectos editoriales que incluyeron entre sus títulos textos traducidos, en el período anterior al comprendido específicamente por su investigación. Además de la rigurosa caracterización que presenta del campo de los textos traducidos en las primeras décadas del siglo xx, el capítulo es central para comprender y valorar en toda su dimensión el cambio de función de la literatura traducida que opera el proyecto de *Sur*. A diferencia de lo que sucede en las empresas editoriales anteriores, en las que los títulos traducidos satisfacen funciones heterónomas a la literatura, vinculadas a los modos de circulación del libro y a la ampliación del público lector, las traducciones de la editorial *Sur* cumplen con objetivos estrictamente literarios. El reconocimiento de esta discontinuidad que introduce la editorial de Victoria Ocampo es la tesis central que organiza, en sus aspectos más generales, el libro de Willson. A partir de *Sur*—escribe la autora— las traducciones se convierten “en uno de los modos de elaborar un nuevo repertorio de modelos literarios; a través de los textos extranjeros traducidos se difund[en] en la literatura argentina nuevos modos de representación y también nuevos materiales y nuevos patrones compositivos” (p. 273).

Esta tarea de renovación es llevada adelante por un grupo destacado de escritores importantes que traducen y de traductores que cuentan con una sólida formación literaria. La red de relaciones que se teje entre ellos y los desplazamientos que se producen debido a la creación de

nuevas editoriales, hacia fines de la década del treinta, son minuciosamente descritos en el capítulo que da nombre al volumen. En él se ofrece una visión general del grupo *Sur* desde una perspectiva que sitúa en la traducción y sus prácticas vinculadas un rasgo determinante de la configuración y la proyección ulterior del mismo. Pero los capítulos centrales de *La Constelación del Sur*, aquellos en los que Willson pone de manifiesto junto a su perspicacia crítica una aguda percepción de traductora, están dedicados al análisis y la interpretación de una selección de textos traducidos por tres de los principales escritores del grupo: Victoria Ocampo, Jorge Luis Borges y José Bianco. La ejemplaridad de estas traducciones es el criterio que le permite a la autora acotar el corpus y detenerse en una lectura exhaustiva de los textos.

Retomando la distinción poco ortodoxa de Borges entre traductores románticos y clásicos, Willson sitúa a Victoria Ocampo y a José Bianco en cada uno de los extremos de la misma. Ocampo encarna la posición romántica, cuyo interés principal recae en el autor, antes que en la obra de arte, y esto determina que, por fidelidad a las palabras del mismo o por su inefable modo de expresión, se elija siempre traducir literalmente. Además de esta tendencia a la literalidad que sus versiones exhiben sobre todo en el empleo pertinaz de estrategias de adherencia al texto original, las traducciones de Ocampo presentan una marcada propensión a la intervención paratextual, a través de notas a pie de página que, según advierte Willson, funcionan “como el lugar en que su propia enunciación de traductora ‘se toca’ con la palabra en lengua fuente del autor” (p. 274). En la posición inversa, el equilibrado classicismo de Bianco se esfuerza por alcanzar una traducción que sea, según sus propias palabras, “lo más tersa posible, para que el lector no esté recordando todo el tiempo

que lee un libro traducido” (p. 184). Sus versiones recurren a la creación de lo que Willson caracteriza como “una *koiné*, una lengua que es de todos los lugares porque no es de ningún lugar: carece de localismos, sobre todos los vinculados a los usos coloquiales o afectivos de la lengua” (p. 188). Junto al análisis de su célebre versión de *The Turn of the Screw*, de Henry James, en la que, según lo muestra Willson, se observa un arduo trabajo de reescritura al que Bianco se siente autorizado en virtud de la afinidad estética con el autor, el capítulo presenta también una lectura de sus traducciones de Genet y de Beckett, en las que las estrategias empleadas, tendientes en ambos casos a la literariedad, exhiben sus divergencias estéticas con estos escritores.

Al margen de la distinción formulada por él mismo, Borges es caracterizado por Willson como un traductor vanguardista. La radicalidad de sus posiciones y la extravagancia de sus medios hacen que sus traducciones resulten auténticos *objets trouvés*, piezas aisladas de sus tradiciones de procedencia y reinsertadas en un inesperado contexto rioplatense. Las versiones que la autora examina son la última hoja del *Ulysses* de Joyce, el *Orlando* de Virginia Woolf y *The Wild Palms* de Faulkner. En los tres casos, además del empeño en subrayar la activa participación que estas traducciones tienen en las distintas polémicas y discusiones literarias que Borges lleva adelante en esos años, sobresale la minuciosidad y el cuidado con que Willson emprende el cotejo y la confrontación entre original y traducciones. Quizás sea éste el capítulo en que la lectura textual alcanza sus conclusiones más originales. La interpretación que Willson hace de la versión borgeana de *Las palmeras salvajes* resulta sumamente atractiva y novedosa. Se trata sin duda del momento en que los supuestos que guían su investigación

rinden sus mejores resultados. *La Constelación del Sur* no sólo inaugura, desde la perspectiva de la traducción, un estudio sistemático de la circulación que la literatura extranjera tiene en la literatura argentina —en sus escritos parciales, Willson venía insistiendo desde hace tiempo en la necesidad de armar y trabajar sobre el *corpus* de traducciones que atraviesa nuestra literatura— sino que, además, da cuenta de la amplia proyección crítica que tiene un trabajo de estas características.

Judith Podlubne

Gisela Norat: *Marginalities. Diamela Eltit and the Subversion of Mainstream Literature in Chile*. Newark/London: University of Delaware Press/Associated University Presses 2002. 264 páginas.

Varios de los libros tratados por Norat están agotados, dato que confirma lo con sabido: la obra de Diamela Eltit tiene escasa recepción en el público lector no especializado. Efectivamente, sus obras no se prestan para una lectura ‘consumista’. Carecen de tramas convencionales, no siempre queda claro si se trata de protagonistas o de personajes secundarios, la narración puede tener diversas perspectivas, una sintaxis que se aleja a veces de la establecida, la narración no suele ser lineal.

Norat propone ver las obras de Diamela Eltit como unidad y sugiere el tema de la marginalidad (social, política, sexual, ética, de género o literaria) como la característica más destacada de su corpus literario. Incluye en ese tema, por una parte, la difícil estructura de las novelas y, por otra, a las protagonistas (muy a menudo son mujeres: de ahí la forma femenina). Nos presenta la obra de Diamela Eltit como obra marginal y, por tanto, subversiva

frente al *mainstream*.

La autora se plantea dos objetivos en su estudio (que en parte apareció ya en 1991 como tesis doctoral): por un lado se propone la difícil tarea de promover la lectura de la escritora en el “mainstream academe” (p. 16), pero a la vez tiene la intención de acercar las obras a un público lector más amplio del estrictamente “académico”. Dos fines opuestos, por tanto, que, paradójicamente, van justamente en dirección contraria a lo que nos presenta como tema de su estudio: desea abrirle las puertas hacia el *mainstream* a la autora, que ella misma califica de marginal. O sea: si logra su meta, la obra de Eltit ya no es marginal.

En la introducción, la estudiosa abre una discusión sobre corrientes en la literatura reciente para clasificar el *corpus studii*. Pasa del postestructuralista Roland Barthes a la contradictoria discusión sobre posmodernismo y feminismo, en la que coloca la obra de Eltit. Retoma las corrientes mencionadas al hablar de *Vaca sagrada*. El libro consta de seis capítulos, correspondientes a ocho obras concretas de la escritora: *Lumpérica*; *El Padre Mío* y *El infarto del alma*; *Por la patria*; *El cuarto mundo*; *Vaca sagrada*; *Los vigilantes* y, a modo de epílogo, *Los trabajadores de la muerte*. Como aclara en la conclusión, se centra en las obras de los primeros quince años de la producción literaria de la escritora.

Para acentuar la riqueza de interpretaciones que incluye la obra de Eltit, Norat varía los acercamientos críticos en los diferentes capítulos. Hay que constatar que dichos acercamientos (Liberación del cuerpo/lenguaje; “Testimonio” sobre *homelessness* como metáfora de la patria chilena; raíces indígenas; diálogo relativo a diferencias de género; novela feminista/posmoderna; la mirada controladora) no pertenecen, en primer lugar, a la crítica

literaria. Lo que le importa a la autora es acercar las obras a la llamada realidad y relacionarlas con ella. Eso se muestra sobre todo en el acercamiento al segundo capítulo, en el que relaciona directamente ciertos puntos de las tramas con la llamada realidad (sobre todo de las mujeres) de Chile bajo la dictadura de Pinochet. Digo sobre todo, porque ese acercamiento a las obras se extiende a lo largo de todo el estudio. Lo toma como *continuum* de la obra de Eltit, lo que al final del estudio deja claro por qué toma *Los trabajadores de la muerte* como epílogo de su libro de ensayos, que es como Norat misma califica su estudio. Todos los libros tratados en los capítulos se integran en ese *continuum*. Solamente la colección de ensayos *Los trabajadores de la muerte* ya no contiene este tema. Es decir, la marginalidad se relaciona con el contexto histórico de Chile y la dictadura de Pinochet.

En la misma dirección va su repetida declaración sobre ciertos rasgos de las vidas narradas en las obras, que a su juicio tienen su origen en la historia de Eltit bajo la dictadura. Lástima que no lleve a cabo de manera concreta esa supuesta relación personal de la autora con las ‘historias’ que narra, ni la relación concreta de los libros con esa vagamente llamada realidad chilena. Por lo demás, en sus estudios la base no es siempre la misma: a menudo parte de la traducción inglesa de las obras de Eltit y con frecuencia cita en español. Esa mezcla irrita, porque indirectamente iguala “originales” y traducciones.

Se trata, sin embargo, de una monografía bien utilizable como acercamiento a la obra de Eltit, pese a que en algunos puntos vitales del estudio quede poco clara.

Ruth Wili

María de la Cinta Ramblado-Minero: *Isabel Allende's Writing of the Self. Trespassing the Boundaries of Fiction and Autobiography.* Lewiston/Queenston/Lampeter: The Edwin Mellen Press (Hispanic Literature, 77) 2003. XVI, 211 páginas.

Quienes han seguido con interés el devenir de la obra de Isabel Allende intuyeron desde los comienzos que la presencia de elementos autobiográficos en su mundo ficcional era muy marcada. Esa suposición se iba confirmando en las numerosas entrevistas publicadas al socaire del éxito internacional de *La casa de los espíritus* (1982), primero, y del incondicional compromiso con la realidad política chilena de su segunda novela (*De amor y de sombra*, 1984), después. La publicación en 1994 de la desgarrada y conmovedora historia de su sexta entrega del exilio, *Paula* (especie de carta de despedida que la novelista escribe a su hija en un hotel durante la larga estancia, con desenlace trágico, de su hija Paula en un hospital madrileño), fue la “prueba definitiva”: lo autobiográfico y lo ficcional eran, más que elementos “comunes” o vasos comunicantes, verso y reverso de la propia vida de la escritora.

Pese a la evidencia, hasta la fecha carecíamos de una monografía que analizase las conexiones entre los elementos autobiográficos y ficcionales en la obra de Isabel Allende. Ese es, ante todo, el mérito del libro de María de la Cinta Ramblado-Minero, que además brinda una serie de consideraciones fundadas sobre el género memorialista *sensu lato* y lo autobiográfico como efecto y elemento discursivo, sobre las estrategias de la ficcionalización, la experiencia del exilio como desencadenante de la escritura y los años de aprendizaje y configuración de su universo narrativo. Precisamente, el rastreo y análisis sistemáticos de las relaciones entre ele-

mentos autobiográficos y ficcionales no habían sido abordados antes, pese a que la escritora chilena hubiese hecho repetidas declaraciones al respecto e incluso hubiese afirmado que el origen de su escritura solía hallarse en sus vivencias y arrancar de emociones personales.

Punto de partida y núcleo capital de la investigación son, por tanto, las experiencias vitales de la escritora, por lo que sus ficciones reflejan y representan dichas experiencias. Integrada por cinco capítulos, el primero de la monografía pasa revista a las principales teorías y traza las coordenadas sobre las que la estudiosa desarrolla los criterios de análisis y valoración de la obra. En el siguiente capítulo analiza los distintos procedimientos de los que nace y se alimenta la ficción con fines o propósitos de autorrepresentación o recurriendo a estrategias narrativas para poner mayor distancia entre el texto creador y el yo autobiográfico. El tercero estudia los efectos de la distancia geográfica en la obra allendiana y de la progresiva aceptación por parte de la escritora de su condición de exiliada. Los dos últimos capítulos versan, respectivamente: a) sobre el concepto de *Bildungsroman* y las figuras femeninas en las ficciones allendianas (cuyas características básicas están cortadas en buena medida sobre los modelos que ya figuraban en *La casa de los espíritus*, por lo que presentan un alto grado de autorreferencialidad); y b) sobre la representación de figuras femeninas en las que confluyen no pocos elementos del proceso de autorrealización de la propia novelista.

Contamos, por tanto, con un estudio abarcador y puntual sobre aspectos capitales de la obra de Allende que aún no habían sido analizados con la profundidad y el rigor que merecen. Los resultados son tanto más significativos porque permiten calibrar el grado de “veracidad” de las acusaciones que arrancan de las primeras

reseñas críticas de *La casa de los espíritus*, según las cuales la primera novela no era más que una “copia reducida” de *Cien años de soledad*. De más está decir que una obra transida de elementos autobiográficos y, por tanto, con una percepción de la realidad y una sensibilidad inconfundiblemente femenina, no puede ser despaçada como mera imitação de la obra maestra del novelista de Aracataca.

José Manuel López de Abiada

Regina Zilberman/Zilá Bernd: *O viajante transcultural: leituras da obra de Moacyr Scliar*. Porto Alegre: EDIPURCS 2004. 222 páginas.

“Foi uma longa trajetória, esta que me trouxe à Academia Brasileira de Letras, e não estou falando apenas dos mil e seiscentos quilômetros que separam a cidade de Porto Alegre, onde moro, do Rio de Janeiro”, disse Moacyr Scliar no seu discurso de posse na ABL¹. “Estou falando daquela trajetória que percorrem todos os escritores, uma trajetória de auto-descoberta e aperfeiçoamento que, às vezes, chega a esta Casa”. *O viajante transcultural* trata, precisamente, de reconstruir a trajetória do escritor gaúcho, desde o Bairro Bom Fim de Porto Alegre, passando pelas várias etapas da sua vida de escritor e médico, até a consagração.

Num ensaio memorável, Luiz Antônio Assis Brasil (pp. 13-33) mapeia o mundo literário de Moacyr Scliar, sua infância de guri judeu numa vizinhança de classe média da capital gaúcha, a família, as leituras (Monteiro Lobato, Érico Veríssimo, Franz Kafka), os estudos de medicina e os vários

livros, marcados pela realidade social e política brasileira ao longo de sessenta anos. Rita Olivieri Godet (pp. 99-119) enfoca um dos temas prediletos da ficção de Scliar: as ambigüidades da modernidade e da ciência no Brasil, personficadas pela figura de Oswaldo Cruz (*Sonhos tropicais*, 1993). Neste romance, Oswaldo e Saci encarnam, respectivamente, a arrogância da ciência e o escárnio da superstição num drama repetido incansavelmente ao longo do século XX. Nelson H. Vieira (pp. 179-196), finalmente, examina à luz do livro mais recente de Scliar, *Saturno nos trópicos: a melancolia européia chega ao Brasil* (2003), a dialética entre humor e melancolia no romance *O centauro no jardim* (1980). Uma cronologia e uma vasta bibliografia completam esta coletânea de estudos excelentes sobre o escritor gaúcho, viajante transcultural entre a Rússia dos czares, a Porto Alegre dos anos 20 e a atualidade.

Albert von Brunn

¹ Em: *Paralelos*, outubro 2003, p. 39.